

Porque todo poeta aquí se roza

Sonetos de Sor Juana Inés de la Cruz

Sara Poot Herrera
EDICIÓN



FEC

FONDO EDITORIAL
DEL MUNICIPIO DE CENTRO

PORQUE TODO
POETA AQUÍ SE ROZA

Sonetos de Sor Juana Inés de la Cruz

COLECCIÓN
FOMENTO A LA LECTURA

Consejo Editorial
2024

Aura Medina Cano
Rosa María Romo López
Aurora Kristell Frías López
Nelly García Ferrer
Emilio Ygartua Monteverde
Miguel Ángel Ruiz Magdónel
Luis Alberto López Acopa

PORQUE TODO
POETA AQUÍ SE ROZA

Sonetos de Sor Juana Inés de la Cruz

EDICIÓN DE SARA POOT HERRERA

Primera edición, 2024

ISBN: 978-607-69567-4-8

© Municipio del Centro
© Perla Estrada del Río, ilustración de portada.
Av. Paseo Tabasco, número 1401
Col. Tabasco 2000. C.P. 86035

Todos los juicios expresados en este libro son responsabilidad del autor, así como la acreditación de las imágenes, las cuales son de uso divulgativo, con el afán de promover la libre expresión de las ideas y el conocimiento.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal de Derecho de Autor.

Impreso en Tabasco, México.

PRESENTACIÓN

El Gobierno de Centro, como garante de la armonía entre la sociedad y su entorno, implementa diversas acciones que contribuyen a preservar la memoria histórica e identidad de los habitantes de nuestro municipio y, al mismo tiempo, favorece prácticas que refuerzan la interacción humanística y social.

Entre las tareas centrales para mejorar el bienestar de los ciudadanos se encuentran promover la cultura en sus diversas manifestaciones e incentivar el hábito de la lectura. El Fondo Editorial del Municipio, cuya creación fue prevista en el Plan Municipal de Desarrollo 2021-2024, es un fuerte pilar para lograr estos propósitos.

Los libros editados por este fondo amplían las ventanas de conocimiento, nutren los acervos de las bibliotecas municipales y son puestos a disposición de los habitantes de manera física y virtual. De esta manera, creamos condiciones para generar sólidos vínculos de transmisión cultural.

La presente antología de sonetos es un tributo a Sor Juana Inés de la Cruz, una de las escritoras más destacadas de la literatura y una poeta excepcional. Esta obra presenta, por primera vez, una colección completa y cronológicamente ordenada de sus sonetos, basada en ediciones antiguas.

Este meticuloso trabajo ha sido realizado por la reconocida especialista en literatura hispana, Sara Poot Herrera; se trata de un regalo invaluable para aquellos que aún no han tenido la oportunidad de apreciar la obra de Sor Juana y un verdadero deleite para quienes ya están familiarizados con su poesía.

Sólo a través de la palabra podemos conocernos mejor, sólo a través de la cultura podemos saber quiénes somos y qué lugar ocupamos en el mundo. Leer es recrear. Leer también es estrechar lazos y propiciar un mejor entorno para todos los ciudadanos.

Aura Medina Cano

PORQUE TODO
POETA AQUÍ SE ROZA

Sonetos de Sor Juana Inés de la Cruz

PRÓLOGO A LOS SONETOS DE SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Porque todo poeta aquí se roza
es un verso de un soneto de Sor Juana.
Su mensaje es muy claro:
Quien es poeta ha de probarse con un soneto.
Y, claro, se ha de ser buen poeta y buen sonetista.
Sor Juana fue excelente y lo sigue siendo.
Sus sonetos, una invitación para acercarse a su poesía.

UN SONETO, ¿EL PRIMER POEMA DE SOR JUANA?

No sólo en México sino que en todo el mundo de habla hispana —y no sólo hispana— es famosa Sor Juana Inés de la Cruz. Y no sólo es famosa en nuestros días sino que lo fue en su época —segunda mitad del siglo XVII—, y lo fue por su genio, plasmado en sus escritos. ¿Cuándo empezaría a escribir? En su Aprobación de la *Fama y Obras Pósthumas* (1700) de Sor Juana —“la narración de la Vida, y Estudios de la Poetisa” —, el jesuita Diego Calleja informa que antes de cumplir ocho años la niña Juana compuso una loa al Santísimo Sacramento: el premio por esa loa, que resultó “con las cualidades, que requiere un cabal poema”, fue un libro. Ése fue el ofrecimiento y la futura poeta, anhelosa de lecturas, no podía resistirse a tal tentación. De esa loa infantil, de la que se habló (o se volvió a hablar) hace unos años, no se sabe nada con certeza. De lo que sí se sabe es del caudal de la poesía de

Sor Juana, de sus villancicos y loas, de su espectacular arco de recepción a los virreyes (a los segundos a los que conoció y estuvo cerca de ellos), de sus obras de teatro religioso y profano, de sus escritos en prosa, su conciencia de género, su propuesta de libertad.

Sus escritos empezaron a publicarse desde que su autora era muy joven. Primero en la Nueva España: dos de sus sonetos en dos libros de Diego de Ribera, y uno más dedicado a Carlos de Sigüenza y Góngora; sus villancicos, en ediciones sueltas lo mismo que su *Neptuno Alegórico* de 1680; más tarde, se publicaron en España, donde aparecieron tres tomos de su obra (dos de ellos en vida de la escritora), reeditados varias veces: *Inundación Castálida* (1689), el *Segundo volumen* de su obra (1692) y *Fama y Obras pósthumas* (1700). Volviendo a nuestra pregunta, ¿cuándo empezaría a escribir? Sor Juana no lo dijo y, en cambio, sí dijo cuándo empezó a leer, y así lo escribió en 1691 en la *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre Filotea de la Cruz* (escrita como carta privada al Obispo de Puebla, con fecha 1º de marzo de 1691, y publicada en Madrid en 1700). Leemos:

Prosiguiendo en la narración de mi inclinación, de que os quiero dar entera noticia, digo que no había cumplido los tres años de mi edad cuando enviando mi madre a una hermana mía, mayor que yo, a que se enseñase a leer en una de las que llaman Amigas, me llevó a mí tras ella el cariño y la travesura; y viendo que la daban lección, me encendí yo de manera en el deseo de saber leer, que engañando, a mi parecer, a la maestra, la dije que mi madre ordenaba me diese lección. Ella no lo creyó, porque no era creíble; pero, por complacer al donaire, me la dio. Proseguí yo en ir y ella prosiguió en enseñarme, ya no de burlas, porque la desengañó la experiencia; y supe leer en tan breve tiempo, que ya sabía cuando lo supo mi madre, a quien la maestra lo ocultó por darle el gusto por entero y recibir el galardón por junto; y yo lo callé, creyendo que me azotarían por haberlo hecho sin orden. Aún vive la que me enseñó (Dios la guarde), y puede testificarlo.

¡Qué bonito pasaje! Por su autora nos enteramos de cuándo empezó a leer, al mismo tiempo del agradecimiento a su maestra, “en una de las que llaman Amigas”. Muy pronto la niña fue perfeccionando el arte de su lectura en la biblioteca de su abuelo y más tarde en su propia biblioteca, que también fue famosa en su época. Sus libros eran sus amigos, instrumentos en su autodidactismo, compañeros de su celda, en la que estuvo —así lo dijo— con “el sosegado silencio de mis libros”. En cuanto a cuándo empezó a escribir, posiblemente también lo hizo antes de cumplir tres años. ¿Y cuándo lo haría como escritora profesional? Nunca se declaró como tal e incluso decía que escribía tan sólo por encargo. ¡Cómo! ¿Será posible? Ah, eso sí, en la misma *Respuesta a Sor Filotea* (o sea, al Obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz) declaró: “yo nunca he escrito cosa alguna por mi voluntad, sino por ruegos y preceptos ajenos; de tal manera, que no me acuerdo haber escrito por mi gusto sino es un papelillo que llaman El Sueño”. Orgullosa de lo que podemos llamar hazaña del intelecto, se refiere al excepcional poema de ¡975 versos! que conocemos como *Primero Sueño*, sin antecedentes en la poesía española referida al conocimiento. Este magno poema que cierra con los versos “el mundo iluminado y yo despierta” es joya de mil quilates, piedra de toque del poemario de Sor Juana Inés de la Cruz.

La obra poética sorjuanina abarca sonetos, romances, endechas, redondillas, décimas, glosas, liras, ovillejos, silvas. No hubo métrica que no pusiera en práctica con su talento único para la poesía y su conocimiento de este género literario, desplegado espectacularmente por los escritores de los Siglos de Oro español con los que la poeta novohispana dialoga, al mismo tiempo que es eco, imitación perfecta, transformación asombrosa. Estamos hablando tan sólo de su poesía, parte fundamental de la obra en su conjunto. Y podríamos hablar también de sus quehaceres cotidianos, entre otros, el de llevar las

cuentas del convento — Sor Juana, contadora —, además de hacerse cargo del archivo de San Jerónimo y frecuentar la cocina en las horas de los guisados en los que gustosa participaba y sonriente aderezaba. Mientras que sostenía diálogos con el mundo de fuera y convivía en religión con sus “amadas hermanas” del convento.

Para acercarnos a la obra de Sor Juana Inés de la Cruz, proponemos en principio la lectura de sus poemas y, dentro de este universo poético, los versos envueltos en el acabado perfecto de sus sonetos. En la pluma de Sor Juana esta composición poética alcanzó altísimos vuelos transformando el propio género con sus imágenes, sus recursos retóricos, su ingenio, gracia y prodigio; al mismo tiempo, la poeta sintetizaba una tradición, respetándola y dándole alcances insospechados en su novedad. Los sonetos sorjuaninos abren la página infinita de su obra. Son metáforas, lenguaje literal y literario, juegos de palabras con sentido, paradojas y parábolas. Su primer poema publicado fue un soneto; el mayor número de sus poemas, sonetos también. Al mismo tiempo, cada soneto es una invitación para leer la obra completa de Sor Juana Inés de la Cruz, nuestra única Décima Musa, niña Juana que aprendió a leer antes de cumplir los tres años, que leyó toda su vida y que con sus sonetos invitamos a leerla siempre.

PRIMEROS SONETOS DE SOR JUANA

El primer poema publicado de quien sería famosa con el nombre de Sor Juana Inés de la Cruz —un soneto, composición poética europea de catorce versos endecasílabos— apareció a principios de 1668 y fue escrito en 1667, año importante para la joven. Ese año de 1667 —el domingo 14 de agosto— había ingresado al convento de San José de las carmelitas descalzas de la Ciudad de México, de donde sin profesar saldría tres meses después —el viernes 18 de noviembre. Un mes más tarde en la misma capital novohispana —el jueves 22 de diciembre de 1667— se llevó a cabo la Dedicación de la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México.

¿Dónde estaría la joven durante esos días y antes de que ingresara al Convento de San Jerónimo donde profesó como monja de velo negro — monja jerónima — y estaría el resto de su vida? Con seguridad, aún no lo sabemos. Lo que sí sabemos es que ya habría escrito o escribiría en esos días el soneto que Diego de Ribera le pediría para el festejo catedralicio del 22 de diciembre de 1667, y que aparecería en el libro titulado *Poética descripción de la pompa plausible que admiró esta nobilísima Ciudad de México, en la sumptuosa dedicación de su hermoso, magnífico y acabado templo*.

El libro del festejo del 22 de diciembre de 1667, publicado a principios de 1668, contiene doce preliminares — ocho sonetos y cuatro décimas —; el primer poema de estos preliminares es el soneto de Juana Inés, a quien Diego de Ribera llama “glorioso honor del Mejicano Museo”. Leemos desde su primera edición de 1668: De Doña Juana Inés de Asbaje, glorioso honor del Mejicano Museo, al Pbro. Br. D. Diego de Ribera, cantor de la Dedicación de la Catedral, y así comienza: “Suspende, cantor Cisne, el dulce acento”. Ya desde ese primer momento empezaron a llenar de adjetivos, de epítetos de gran fortuna, a la joven Juana Ramírez de Azuaje, primero en la Nueva España y luego en España. El primero de aquellos epítetos fue “glorioso honor del Mexicano Museo”. Como vemos, desde muy pronto la joven Juana tuvo el reconocimiento de sus contemporáneos, y los adjetivos florecieron con la lectura de sus versos. La poeta jerónima se distingue también por su prosa y sus piezas de teatro, escritas éstas con poesía, como se hacía en aquella época. La obra en su conjunto es un tratado, sin temor a equivocarnos, perfecto. Y lo vamos descubriendo siempre, y siempre nos asombra.

Otro soneto de la joven Juana parece anteceder al que se inicia con “Suspende, cantor Cisne, el dulce acento” y comienza con el verso “Oh, cuán frágil se muestra el ser humano”, debido a la muerte del rey Felipe IV; sin embargo, este soneto no apareció sino hasta en 1692 en Sevilla, en el *Segundo volumen de las obras de Sor Juana*

Inés de la Cruz. Los dos poemas, uno publicado en su momento y el otro años después, son indicios claros de que el soneto es de gran presencia e importancia en la obra poética de nuestra Décima Musa.

Un segundo soneto publicado de Sor Juana Inés de la Cruz, que dedica a Fray Payo de Ribera, también lo dio a conocer el presbítero Diego de Ribera, y fue en el año de 1676 en el *Defectuoso epílogo, diminuto compendio...* con motivo de las obras de Fray Payo, arzobispo y virrey en aquellos días. Ahora Diego de Ribera dice de Sor Juana: “De la nunca bastamente alabada, armónica Fénix del Indiano Museo, la madre Juana Inés de la Cruz religiosa profesa del convento de San Jerónimo”. Se trata del soneto Al Pbro. Diego de Ribera, cantor de las obras del Arzobispo Virrey Don Fray Payo Enríquez de Ribera, que así comienza “¿Qué importa al Pastor Sacro, que a la llama...” Al referirse Diego de Ribera a fines de 1667 y principios de 1668 a la joven autora de un primer soneto como “glorioso honor del Mejicano Museo” y en 1676 a la misma autora, ahora de un segundo soneto que él publica, “De la nunca bastamente alabada, armónica Fénix del Indiano Museo, la madre Juana Inés de la Cruz religiosa profesa del convento de San Jerónimo”, el presbítero se coloca como el primer panegirista de la monja novohispana y el primer editor de sus dos primeros sonetos publicados; uno de ellos cuando la joven Juana aún no era monja y el otro ya en el convento de San Jerónimo.

El tercer soneto de Sor Juana es de 1680 y está dedicado Al Pbro. Lic. D. Carlos de Sigüenza y Góngora, frente a su “Panegírico” de los Marqueses de la Laguna. Inicia con “Dulce, canoro Cisne Mexicano”. Este soneto, que con sólida documentación informa el joven sorjuanista Jorge Gutiérrez Reyna, solamente apareció en el *Panegírico con que la muy noble, imperial Ciudad de México aplaudió al excelentísimo Señor don Tomás Antonio Lorenzo Manuel de la Cerda* (México: Viuda de Bernardo Calderón, 1680), y

no así en la posterior edición titulada *Teatro de Virtudes Políticas de Sigüenza y Góngora*.

Durante esos mismos días — fines de noviembre de 1680 — en el arco triunfal como bienvenida a los virreyes de La Laguna que la Iglesia encomendó a Sor Juana, titulado *Neptuno Alegórico*, hay dos sonetos de la autoría de la monja, que respectivamente comienzan con “Como en la Regia playa cristalina” y “Entrad (Señor) si el que tan grande ha hecho”. Los dos sonetos que aparecen en la edición suelta novohispana del impresor Juan de Rivera se encontrarán posteriormente en *Inundación Castálida* (1689), primer volumen de las obras de Sor Juana publicadas en España.

Estamos cerrando el año de 1680. En la Nueva España se han publicado varios sonetos de Sor Juana: dos de ellos por Diego de Ribera, uno por Carlos de Sigüenza y Góngora y dos más por la propia Sor Juana en su *Neptuno Alegórico*. Vamos viendo que el soneto es una de las composiciones “consentidas” de la monja jerónima y que, al mismo tiempo, es piedra de toque de su magna obra poética; ésta daba indicios desde antes de 1680, y prueba de ellos son sus villancicos que, impresos en ediciones sueltas, se cantaban ya en la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México.

Sor Juana Inés de la Cruz fue famosa en la capital de la Nueva España desde la segunda mitad de los años setenta de su siglo. Los versos de su soneto publicado a principios del año de 1668 — “Suspende, cantor Cisne, el dulce acento” — son las alas infinitas de los cisnes de su poesía. Después de sus iniciales sonetos publicados en la Nueva España y otros que circularían seguramente de mano en mano, y varios en exclusiva entre sus destinatarios, muchos de ellos con otros de sus escritos — como el *Neptuno Alegórico* — se recopilarán para publicarse en Madrid en el primer volumen de sus ediciones antiguas: *Inundación Castálida* (1689). Esta publicación se debe a doña María Luisa Manrique de

Lara, condesa de Paredes y marquesa de la Laguna; ella, la virreina, reconoció el valor literario de la poeta, llevó parte de sus manuscritos a España, y el nombre de Sor Juana Inés de la Cruz sorprendió allí desde su primer título. Entre el contenido de este libro brillaban sus sonetos, de los que Sor Juana ya había dado ejemplos de su maestría. Para esta compilación proponemos seguir el orden cronológico en que se fueron publicando: partir de los que pasaron por la prensa de la Nueva España, seguir con los que aparecieron en las ediciones originales de España e incluir lo que llamo “sonetos sueltos”, aparecidos en otro lugar y “rescatados” de distintas maneras. En esta antología, primero aparece una relación de sonetos con el primer verso de cada uno, que muestra la diversidad temática lo mismo que la recurrencia de algunos temas; uno de ellos, el amor. Lo barroco en su tratamiento no sólo es un estilo de época, y aquí de nuevo recordamos lo que dijo de ella Juan José Arreola: “Las antítesis más antagónicas se dan en Sor Juana”, “Sor Juana es la estípide y cariátide del barroco”.

Cada verso es una invitación para asomarse a la “sonetística sorjuanina”. Los sonetos de Sor Juana Inés de la Cruz que aquí aparecen con el título *Porque todo poeta aquí se roza* son un pórtico de entrada al prodigio de su creación.

Primeros sonetos de Sor Juana en la Nueva España

Suspende, cantor Cisne, el dulce acento (1668)

¿Qué importa al Pastor Sacro, que a la llama (1676)

Dulce, canoro Cisne Mexicano (1680)

Vamos sumando: 3 sonetos en obras de Ribera (1668 y 1676) y Sigüenza (1680). 2 más de *Neptuno Alegórico* en la Nueva España, 1680 (incluyo estos últimos en la relación de

Inundación Castálida de España, 1689).

Sonetos de Sor Juana en Inundación Castálida (1689)

En este primer volumen de las ediciones antiguas de Sor Juana aparecen 39 sonetos [más los dos de *Neptuno Alegórico*]

- El hijo que la esclava ha concebido (p. 1)
Este, que ves, engaño colorido (p. 3)
Que no me quiera Fabio, al verse amado (pp. 3-4)
Al que ingrato me deja, busco amante (p. 4)
Feliciano me adora y le aborrezco (p. 5)
Fabio: en el ser de todos adoradas (pp. 5-6)
En perseguirme, Mundo, ¿qué interesas? (p. 6)
¡Tan grande, ¡ay Hado!, mi delito ha sido (pp. 6-7)
Miró Celia una rosa que en el prado (p. 7)
¡Oh, famosa Lucrecia, gentil dama...! (p. 8)
Intenta de Tarquino el artificio (pp. 8-9)
La heroica esposa de Pompeyo altiva (p. 9)
¿Qué pasión, Porcia, qué dolor tan ciego...? (pp. 9-10)
De un funesto moral la negra sombra (p. 10)
¿Vesme, Alcino, que atada a la cadena...? (p. 11)
Mandas, Anarda, que sin llanto asista (pp. 11-12)
El ausente, el celoso, se provoca (p. 12)
En la vida que siempre tuya fue (p. 20)
Diuturna enfermedad de la Esperanza (p. 49)
Dulce deidad del viento armoniosa (p. 110)
Qué es esto, Alcino, como tu cordura (p. 137)
Yo no dudo, Lisarda, que te quiero (p. 137)
De la beldad de Laura enamorados (p. 156)
Bello compuesto en Laura dividido (p. 156)
Docto Mansilla, no para aplaudirte (p. 166)
Si los riesgos del mar considerara (pp. 166-167)

Probable opinión es, que conservarse (p. 167)
Aunque es clara del Cielo la luz pura (p. 168)
Mueran contigo, Laura, pues moriste (pp. 168-169)
Vuestra edad, gran Señor, en tanto exceda (p. 182)
Cuando mi error, y tu vileza veo (p. 196)
Sylvio, yo te aborrezco; y aun condeno (p. 197)
Dices que yo te olvido, Celio, y mientes (p. 197)
Dices que no te acuerdas, Clori, y mientes (p. 198)
Altísimo Señor, Monarca Hispano (p. 204)
Firma, Pilatos, la que juzga agena (p. 210)
Ves caminante en esta triste Pyra (pp. 210-211)
Detén el paso caminante, advierte (p. 211)
Moriste, Duque excelso, en fin moriste (pp. 211-212)

Los dos sonetos de *Neptuno Alegórico* (Nueva España, 1680; España, 1689)

Como en la Regia playa cristalina (p. 293)
Entrad (Señor) si el que tan grande ha hecho (p. 328)

Continuamos con la suma: 39 sonetos, más los 2 de *Neptuno Alegórico*: Esto es, 41 sonetos; más los dos publicados por Diego de Ribera y el dedicado a Carlos de Sigüenza y Góngora. Ya van 44 sonetos (entre la Nueva España y España)

Sonetos en Poemas de la única poetisa (1690; reimpr. de Inundación Castálida, [en pp. 43-45, los de pie forzado])

En este volumen, publicado a un año de *Inundación Castálida*, y con el título de *Poemas*, aparecen otros seis sonetos. Cinco de ellos son sonetos burlescos de pie forzado y uno más que Sor Juana dedica al padre jesuita Francisco de Castro.

Inés, cuando te riñen por *bellaca*
Aunque eres, Teresilla, tan muchacha
Inés, yo con tu amor me refocilo
Vaya con Dios, Beatriz, el ser estafa
Aunque presumes, Nise, que soy tosco
La compuesta de flores maravilla (p. 18)

Seguimos con la suma: Son 6 sonetos, más los 41 de *Inundación Castálida* y los otros 3 [2 en Diego de Ribera y 1 dedicado a Sigüenza y Góngora]. Igual a 50 sonetos.

Sonetos en el Segundo volumen de las obras de Sor Juana
(1692)

Oh, cuán frágil se muestra el ser humano (p. 277)
El que Hipogrifo de mejor Rugero (p. 277)
Máquinas primas de su ingenio agudo (p. 278)
Vista tus hombros el verdor lozano (p. 278)
Rosa Divina, que en gentil cultura (p. 279)
Señora Doña Rosa, hermoso amago (p. 279)
Amor empieza por desasosiego (p. 280)
Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba (p. 280)
Oh quien, Amado Anfriso, te ciñera (p. 281)
Con el dolor de la mortal herida (p. 281)
Detente, sombra de mi bien esquivo (p. 282)
Yo no puedo tenerte, ni dejarte (p. 282)
No es sólo por antojo el haber dado (p. 283)
Yo adoro a Lisy, pero no pretendo (p. 284)
Nace de la escarchada fresca Rosa (p. 546)

Si de Carlos la gala y bizarría (Soneto en la comedia *Los empeños de una casa* Jornada primera. Cuadro primero. Escena II; en voz de Doña Ana. *Segundo volumen*, pp. 469–470)

Mas ya el dolor Me vence, ya, ya llego (Soneto en el auto sacramental *El Divino Narciso*. Cuadro Cuarto. Escena XII; en voz de Narciso. *Segundo volumen*, pp. 237-238)

Llevamos 15 más 2 (dentro de *Los empeños y El Divino Narciso*). 17 sonetos más 50. Igual a 67.

Sonetos en Fama y Obras Pósthumas (1700)

Dos sonetos recoge el editor de este tercer volumen de las obras de Sor Juana:

Si un Pincel, aunque grande, al fin humano (p. 163)

Quien, que regale visto, y no comido (p. 164)

Sumamos 2 sonetos a los 67 anteriores. Igual a 69.

Otros sonetos (“sonetos sueltos”)

I. Tomado del retrato de Miranda (no 152 de Méndez Plancarte I, 1951, pp. 280-281; publicado antes de MP por Luis González Obregón, *México viejo*):

Verde embeleso de la vida humana

II. Prólogo de los *Enigmas* (Martínez López, 1968)

Este volumen, cuyo altivo aliento

III. (Alatorre, 1984)

Soneto a Luis de Tineo *De cierta señora, Décima Musa*

Érase un preste cara de testuz

Sumamos estos 3 sonetos a los 69 anteriores y nos da un total de 72 sonetos. Una aclaración: si bien la compilación se ha hecho con un gran cuidado, es posible encontrar otros sonetos de Sor Juana, ya sea en su propia obra publicada o en hallazgos posteriores. ¡Bienvenidos!

No podemos dejar de mencionar el soneto que aparece en el *Libro de cocina. Selección y transcripción por Sor Juana* (1979; ha habido otras ediciones). Sin tener la certeza de que esta selección sea de Sor Juana, acompañada de un soneto, preferimos dejarlo fuera de esta antología. Inicia con el verso “Lisonjeado oh hermana de mi amor propio”.¹ A la luz del conjunto de sus sonetos, el que aquí transcribimos no pareciera estar escrito por la mano magistral de Sor Juana, autora de los 72 sonetos recogidos en *Porque todo poeta aquí se roza*.

1 Dice así:

Lisonjeado oh hermana de mi amor propio
Me conceptúo formar esta escritura
del Libro de Cocina, y ¡qué locura!
concluir la y luego vi lo mal que copio.
De nada sirve el cuidado propio
para que salga llena de hermosura,
pues por falta de ingenio y de cultura,
un rasgo no hecho que no salga impropio.
Así ha sido, hermana ¿pero qué senda
podrá tomar el que con tal servicio
su grande voluntad quiso se entienda
que ha de ser? Suplicaros que propicia
apartando los ojos de la ofrenda
su deseo recibáis en sacrificio.

A modo de cierre

En su edición de 1951 de la *Lírica personal* (t. 1 de las *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz*), Alfonso Méndez Plancarte clasificó los sonetos de Sor Juana en “Filosófico-morales” (8), “Histórico-mitológicos” (5), “Satírico-burlescos” (1), “‘Burlescos’, de pies forzados” (5), “De amor y discreción” (21), “Homenajes de corte, amistad o letras” (21), “Sagrados” (5). Un total de 66 sonetos. En su edición de 2009 de la misma *Lírica personal*, Antonio Alatorre sigue el orden de Méndez Plancarte pero elimina las clasificaciones; en cuanto al número de sonetos, añade el que Sor Juana dedica al fraile Luis de Tineo (“Érase un preste cara de testuz”; soneto que Antonio Alatorre descubre y que dedica a Octavio Paz al cumplir el poeta 70 años) y el que aparece en el prólogo de los *Enigmas* (“Este volumen, cuyo altivo aliento”; en el descubrimiento de los *Enigmas*, dados a conocer por Martínez López). Por lo tanto, la edición de Alatorre ofrece 68 sonetos. En nuestra antología aparecen estos 68 sonetos, más otros cuatro: los dos de *Neptuno Alegórico*, más el de *Los empeños de una casa* (en voz de Leonor) y de *El Divino Narciso* (en voz de Cristo). Esto es, un total de 72 sonetos. Las ediciones de Alfonso Méndez Plancarte y de Antonio Alatorre me han sido muy útiles en la transcripción de los sonetos de la poeta novohispana, Agradezco también el enlace de la Biblioteca Virtual Cervantes. Como he indicado ya, el orden de su presentación de estos sonetos sigue el orden de su publicación original.

Que esta edición de *Porque todo poeta aquí se roza* se publique en Villahermosa, Tabasco, es una coincidencia muy feliz, pensando en Carlos Pellicer, sonetista tabasqueño de primer orden. Mis especiales agradecimientos a Yolanda Osuna Huerta, Álvaro Ruiz Abreu, Perla Estrada del Río, Ivanna Gabriela Guadarrama Javier y a Luis Alberto López Acopa, así como a todo el equipo de trabajo del Fondo Editorial del Municipio de Centro.

SONETOS DE SOR JUANA

En la Nueva España antes
de su publicación en España

De Doña Juana Inés de Asbaje, glorioso honor del Mejicano Museo, al Pbro. Br. D. Diego de Ribera, cantor de la Dedicación de la Catedral (1668)

Suspende, cantor Cisne, el dulce acento:
mira, por ti, al Señor que Delfos mira,
en zampoña trocar la dulce lira
y hacer a Admeto pastoril concento.

Cuanto canto suave, si violento,
piedras movió, rindió la infernal ira,
corrido de escucharte, se retira;
y al mismo Templo agravia tu instrumento.

Que aunque no llega a sus columnas cuanto
edificó la antigua Arquitectura,
cuando tu clara voz sus piedras toca,
nada se vio mayor sino tu canto,
y así como lo excede tu dulzura,
mientras más lo agradece, más lo apoca.

*Al Pbro. Diego de Ribera, cantor de las obras del
Arzobispo Virrey Don Fray Payo Enríquez de Ribera (1676)*

¿Qué importa al Pastor Sacro, que a la llama
de su obrar negar quiera la victoria,
si, cuando más se apaga tanta gloria,
la misma luz a los recuerdos llama?

¿Si en cada mármol mudamente clama
de sus blasones indeleble historia,
porque sirva de letra a su memoria
lo que de piedra al templo de su Fama?

A la sagrada cifra, que venera
el discurso en las piedras, comedido,
y en duración eterna persevera,
exenta y libre del oscuro olvido,
alabarte podrás, culta Ribera,
que sólo le construyes el sentido.

*Al Pbro. Lic. D. Carlos de Sigüenza y Góngora, frente a su
"Panegírico" de los Marqueses de la Laguna (1680)*

Dulce, canoro Cisne Mexicano,
cuya voz si el Estigio lago oyera,
segunda vez a Eurídice te diera,
y segunda el Delfín te fuera humano:
 a quien si el Teucro muro, si el Tebano,
el ser en dulces cláusulas debiera,
ni a aquél el Griego incendio consumiera,
ni a éste postrara Alejandrina mano:
 no el sacro numen con mi voz ofendo,
ni al que pulsa divino plectro de oro
agreste avena concordar pretendo;
 pues por no profanar tanto decoro,
mi entendimiento admira lo que entiendo
y mi fe reverencia lo que ignoro.

INUNDACIÓN CASTÁLIDA (1689)

A LA EXCELENTISSIMA SEÑORA
Condesa de Paredes, Marquesa de la Laguna,
embíandole estos papeles, que su Excelencia la
pidió, y pudo recoger Soror Juana de muchas
manos, en que estavan, no menos divididos, que
escondidos, como Tesoro, con otros, que no
cupo en el tiempo buscarlos,
ni copiarlos.

EL Hijo, que la Esclava ha concebido,
dize el Derecho, que le pertenece
al legitimo Dueño, que obedece
la Esclava Madre, de quien es nacido;

El que retorna, el campo agradecido,
opimo fruto, que obediente ofrece,
es del Señor: pues si fecundo crece,
se lo debe al cultivo recibido.

Asi; Lyfi Divina, estos borrones,
que, hijos del Alma son, partos del pecho,
serà razon, que à ti te restituya;

Y no lo impidan sus imperfecciones;
pues vienen à ser tuyos de derecho
los conceptos de vn Alma, que es tan tuya.

Ama, y Señora mia, besa los pies de V. Exc.
su criada

Juana Inès de la Cruz

A la excelentísima señora condesa de Paredes, marquesa de la Laguna, enviándole estos papeles que su Excelencia la pidió y que pudo recoger sóror Juana de muchas manos, en que estaban no menos divididos que escondidos, como tesoro, con otros que no cupo en el tiempo buscarlos ni copiarlos (p. 1).

El hijo que la esclava ha concebido,
dice el Derecho que le pertenece
al legítimo dueño que obedece
la esclava madre, de quien es nacido.

El que retorna el campo agradecido,
opimo fruto, que obediente ofrece,
es del señor, pues si fecundo crece,
se lo debe al cultivo recibido.

Así, Lisi divina, estos borrones
que hijos del alma son, partos del pecho,
será razón que a ti te restituya;

y no lo impidan sus imperfecciones,
pues vienen a ser tuyos de derecho
los conceptos de un alma que es tan tuya.

Procura desmentir los elogios que a un retrato de la poetisa inscribió la verdad, que llama pasión (p. 3).

Este, que ves, engaño colorido,
que del arte ostentando los primores,
con falsos silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido;
 este en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores
y, venciendo del tiempo los rigores,
triunfar de la vejez y del olvido,
 es un vano artificio del cuidado,
es una flor al viento delicada,
es un resguardo inútil para el hado:
 es una necia diligencia errada,
es un afán caduco y, bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

Resuelve la cuestión de cuál sea pesar más molesto en encontradas correspondencias, amar o aborrecer (pp. 3-4).

Que no me quiera Fabio, al verse amado,
es dolor sin igual en mi sentido;
mas que me quiera Silvio, aborrecido,
es menor mal, mas no menor enfado.

¿Qué sufrimiento no estará cansado
si siempre le resuenan al oído
tras la vana arrogancia de un querido
el cansado gemir de un desdeñado?

Si de Silvio me cansa el rendimiento,
a Fabio canso con estar rendida;
si de éste busco el agradecimiento,
a mí me busca el otro agradecida:
por activa y pasiva es mi tormento,
pues padezco en querer y en ser querida.

Prosigue el mismo asunto, y determina que prevalezca la razón contra el gusto (p. 4).

Al que ingrato me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata;
constante adoro a quien mi amor maltrata;
maltrato a quien mi amor busca constante.

Al que trato de amor, hallo diamante,
y soy diamante al que de amor me trata;
triunfante quiero ver al que me mata,
y mato al que me quiere ver triunfante.

Si a éste pago, padece mi deseo;
si ruego a aquél, mi pundonor enojo:
de entrambos modos infeliz me veo.

Pero yo, por mejor partido, escojo
de quien no quiero, ser violento empleo,
que de quien no me quiere, vil despojo.

Continúa el asunto y aun le expresa con más viva elegancia
(p. 5).

Feliciano me adora y le aborrezco;
Lisardo me aborrece y yo le adoro;
por quien no me apetece ingrato, lloro,
y al que me llora tierno, no apetezco;
 a quien más me desdora, el alma ofrezco;
a quien me ofrece víctimas, desdoro;
desprecio al que enriquece mi decoro,
y al que le hace desprecios, enriquezco.

 Si con mi ofensa al uno reconvengo,
me reconviene el otro a mí, ofendido;
y a padecer de todos modos vengo,
 pues ambos atormentan mi sentido:
aquéste con pedir lo que no tengo,
y aquél con no tener lo que le pido.

Enseña cómo un solo empleo en amar es razón y conveniencia
(pp. 5-6).

Fabio: en el ser de todos adoradas,
son todas las beldades ambiciosas,
porque tienen las aras por ociosas
si no las ven de víctimas colmadas.

Y así, si de uno solo son amadas,
viven de la Fortuna querellosas,
porque piensan que más que ser hermosas
constituye deidad el ser rogadas.

Mas yo soy en aquesto tan medida,
que en viendo a muchos, mi atención zozobra,
y sólo quiero ser correspondida

de aquel que de mi amor réditos cobra;
porque es la sal del gusto el ser querida:
que daña lo que falta y lo que sobra.

Quéjase de la suerte: insinúa su aversión a los vicios, y justifica su divertimento a las Musas (p. 6).

En perseguirme, Mundo, ¿qué interesas?
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento
y no mi entendimiento en las bellezas?

Yo no estimo tesoros ni riquezas;
y así, siempre me causa más contento
poner riquezas en mi entendimiento
que no mi entendimiento en las riquezas.

Yo no estimo hermosura que, vencida,
es despojo civil de las edades,
ni riqueza me agrada fementida,
teniendo por mejor, en mis verdades,
consumir vanidades de la vida
que consumir la vida en vanidades.

Muestra sentir que la baldonen por los aplausos de su habilidad (pp. 6-7).

¿Tan grande, ¡ay hado!, mi delito ha sido
que, por castigo de él, o por tormento,
no basta el que adelanta el pensamiento,
sino el que le previenes al oído?

Tan severo en mi contra has procedido,
que me persuado, de tu duro intento,
a que sólo me diste entendimiento
por que fuese mi daño más crecido.

Dísteme aplausos, para más baldones;
subir me hiciste, para penas tales;
y aun pienso que me dieron tus traiciones
penas a mi desdicha desiguales,
por que, viéndome rica de tus dones,
nadie tuviese lástima a mis males.

*Escoge antes el morir que exponerse
a los ultrajes de la vejez (p. 7).*

Miró Celia una rosa que en el prado
ostentaba feliz la pompa vana,
y con afeites de carmín y grana
bañaba alegre el rostro delicado;
 y dijo: “Goza, sin temor del hado,
el curso breve de tu edad lozana,
pues no podrá la muerte de mañana
quitarte lo que hubieres hoy gozado;
 y aunque llega la muerte presurosa
y tu fragante vida se te aleja,
no sientas el morir tan bella y moza:
 mira que la experiencia te aconseja
que es fortuna morirte siendo hermosa
y no ver el ultraje de ser vieja”.

Engrandece el hecho de Lucrecia (p. 8).

¡Oh famosa Lucrecia, gentil dama,
de cuyo ensangrentado noble pecho
salió la sangre que extinguió, a despecho
del rey injusto, la lasciva llama!

¡Oh, con cuánta razón el mundo aclama
tu virtud, pues por premio de tal hecho,
aun es para tus sienes cerco estrecho
la amplísima corona de tu fama!

Pero si el modo de tu fin violento
puedes borrar del tiempo y sus anales,
quita la punta del puñal sangriento

con que pusiste fin a tantos males;
que es mengua de tu honrado sentimiento
decir que te ayudaste de puñales.

Nueva alabanza del hecho mismo (pp. 8-9).

Intenta de Tarquino el artificio
a tu pecho, Lucrecia, dar batalla;
ya amante llora, ya modesto calla,
ya ofrece toda el alma en sacrificio.

Y cuando piensa ya que más propicio
tu pecho a tanto imperio se avasalla,
el premio, como Sísifo, que halla,
es empezar de nuevo el ejercicio.

Arde furioso, y la amorosa tema
crece en la resistencia de tu honra,
con tanta privación más obstinada.

¡Oh providencia de deidad suprema!
¡Tu honestidad motiva tu deshonra,
y tu deshonra te eterniza honrada!

Admira, con el suceso que refiere, los efectos imprevenibles de algunos acuerdos (p. 9).

La heroica esposa de Pompeyo altiva,
al ver su vestidura en sangre roja,
con generosa cólera se enoja
de sospecharlo muerto y estar viva.

Rinde la vida en que el sosiego estriba
de esposo y padre, y con mortal congoja
la concebida sucesión arroja,
y de la paz con ella a Roma priva.

Si el infeliz concepto que tenía
en las entrañas Julia, no abortara,
la muerte de Pompeyo excusaría:

¡Oh tirana fortuna! ¡Quién pensara
que con el mismo amor que la temía,
con ese mismo amor se la causara!

Contrapone el amor al fuego material, y quiere achacar remisiones a éste, con ocasión de contar el suceso de Porcia (pp. 9-10).

¿Qué pasión, Porcia, qué dolor tan ciego
te obliga a ser de ti fiera homicida?
¿O en qué te ofende tu inocente vida,
que así le das batalla a sangre y fuego?

Si la Fortuna airada al justo ruego
de tu esposo se muestra endurecida,
bástale el mal de ver su acción perdida:
no acabes, con tu vida, su sosiego.

Deja las brasas, Porcia, que mortales
impaciente tu amor elegir quiere:
no al fuego de tu amor el fuego iguales;
porque si bien de tu pasión se infiere,
mal morirá a las brasas materiales
quien a las llamas del amor no muere.

Refiere con ajuste, y envidia sin él, la tragedia de Píramo y Tisbe (p. 10).

De un funesto moral la negra sombra,
de horrores mil y confusiones llena,
en cuyo hueco tronco aun hoy resuena
el eco que doliente a Tisbe nombra,
 cubrió la verde matizada alfombra
en que Píramo amante abrió la vena
del corazón, y Tisbe de su pena
dio la señal que aún hoy el mundo asombra.

 Mas viendo del Amor tanto despecho
la Muerte, entonces de ellos lastimada,
sus dos pechos juntó con lazo estrecho.

 ¡Mas ay de la infeliz y desdichada
que a su Píramo dar no puede el pecho
ni aun por los duros filos de una espada!

Efectos muy penosos de amor, y que no por grandes se igualan con las prendas de quien le causa (p. 11).

¿Vesme, Alcino, que atada a la cadena
de amor, paso en sus hierros aherrojada
mísera esclavitud, desesperada
de libertad, y de consuelo ajena?

¿Ves de dolor y angustia el alma llena,
de tan fieros tormentos lastimada,
y entre las vivas llamas abrasada
juzgarse por indigna de su pena?

¿Vesme seguir sin alma un desatino
que yo misma condeno por extraño?

¿Vesme derramar sangre en el camino,
siguiendo los vestigios de un engaño?

¿Muy admirado estás? ¿Pues ves, Alcino?
Más merece la causa de mi daño.

Discurre inevitable el llanto a vista de quien ama (pp. 11-12).

Mandas, Anarda, que sin llanto asista
a ver tus ojos; de lo cual sospecho
que el ignorar la causa es quien te ha hecho
querer que emprenda yo tanta conquista.

Amor, señora, sin que me resista,
que tiene en fuego el corazón deshecho,
como hace hervir la sangre allá en el pecho,
vaporiza en ardores por la vista.

Buscan luego mis ojos tu presencia,
que centro juzgan de su dulce encanto;
y cuando mi atención te reverencia,
los visüales rayos, entre tanto,
como hallan en tu nieve resistencia,
lo que salió vapor, se vuelve llanto.

Sólo con aguda ingeniosidad esfuerza el dictamen de que sea la ausencia mayor mal que los celos (p. 12).

El ausente, el celoso, se provoca,
aquél con sentimiento, éste con ira;
presume éste la ofensa que no mira,
y siente aquél la realidad que toca.

Éste temple, tal vez, su furia loca,
cuando el discurso en su favor delira;
y sin intermisión aquél suspira,
pues nada a su dolor la fuerza apoca.

Éste aflige dudoso su paciencia,
y aquél padece ciertos sus desvelos;
éste al dolor opone resistencia,
aquél, sin ella, sufre desconsuelos;
y si es pena de daño, al fin, la ausencia,
luego es mayor tormento que los celos.

Convaleciente de una enfermedad grave, discreta con la señoravirreina, marquesa de Mancera, atribuyendo a su mucho amor aun su mejoría en morir (p. 20).

En la vida que siempre tuya fue,
Laura divina, y siempre lo será,
la Parca fiera, que en seguirme da,
quiso asentar por triunfo el mortal pie.

Yo de su atrevimiento me admiré:
que si debajo de su imperio está,
tener poder no puede en ella ya,
pues del suyo contigo me libré.

Para cortar el hilo que no hiló,
la tijera mortal abierta vi.
¡Ay, Parca fiera!, dije entonces yo:
mira que sola Laura manda aquí.
Ella, corrida, al punto se apartó,
y dejóme morir sólo por ti.

Sospecha crueldad disimulada, el alivio que la esperanza da
(p. 49).

Diuturna enfermedad de la esperanza,
que así entretienes mis cansados años,
y en el fiel de los bienes y los daños
tienes en equilibrio la balanza
 que, siempre suspendida, en la tardanza
de inclinarse, no dejan tus engaños
que lleguen a excederse en los tamaños
la desesperación o confianza.

 ¿Quién te ha quitado el nombre de homicida?
Pues lo eres más severa, si se advierte
que suspendes el alma entretenida;
 y entre la infausta o la felice suerte,
no lo haces tú por conservar la vida,
sino por dar más dilatada muerte.

Alaba, con especial acierto, el de un músico primoroso (p. 20).

Dulce deidad del viento armoniosa,
suspensión del sentido deseada,
donde gustosamente aprisionada
se mira la atención más bulliciosa:

 perdona a mi zampona licenciosa
si, al escuchar tu lira delicada,
canta con ruda voz desentonada
prodigios de la tuya milagrosa.

 Pause su lira el Tracio: que, aunque calma
puso a las negras sombras del olvido,
cederte debe más gloriosa palma,

 pues más que a ciencia el arte has reducido,
haciendo suspensión de toda una alma
el que sólo era objeto de un sentido.

Aunque en vano, quiere reducir a método racional el pesar de un celoso (p. 137).

¿Qué es esto, Alcino? ¿Cómo tu cordura
se deja así vencer de un mal celoso,
haciendo con extremos de furioso
demostraciones más que de locura?

¿En qué te ofendió Celia, si se apura?
¿O por qué al Amor culpas de engañoso,
si no aseguró nunca, poderoso,
la eterna posesión de su hermosura?

La posesión de cosas temporales
temporal es, Alcino, y es abuso
el querer conservarlas siempre iguales.

Conque tu error o tu ignorancia acuso,
pues Fortuna y Amor, de cosas tales
la propiedad no han dado, sino el uso.

Un celoso refiere el común pesar que todos padecen, y advierte a la causa el fin que puede tener la lucha de afectos encontrados (p. 137).

Yo no dudo, Lisarda, que te quiero,
aunque sé que me tienes agraviado;
mas estoy tan amante y tan airado,
que afectos que distingo no prefiero.

De ver que odio y amor te tengo, infiero
que ninguno estar puede en sumo grado,
pues no le puede el odio haber ganado
sin haberle perdido amor primero.

Y si piensas que el alma que te quiso
ha de estar siempre a tu afición ligada,
de tu satisfacción vana te aviso:

pues si el amor al odio ha dado entrada,
el que bajó de sumo a ser remiso,
de lo remiso pasará a ser nada.

En la muerte de la excelentísima señora marquesa de Mancera (p. 156).

De la beldad de Laura enamorados
los Cielos, la robaron a su altura,
porque no era decente a su luz pura
ilustrar estos valles desdichados;

o porque los mortales, engañados
de su cuerpo en la hermosa arquitectura,
admirados de ver tanta hermosura
no se juzgasen bienaventurados.

Nació donde el Oriente el rojo velo
corre al nacer al astro rubicundo,
y murió donde, con ardiente anhelo,

da sepulcro a su luz el mar profundo:
que fue preciso a su divino vuelo
que diese como Sol la vuelta al mundo.

Soneto a lo mismo (p. 156).

Bello compuesto en Laura dividido,
alma inmortal, espíritu glorioso,
¿por qué dejaste cuerpo tan hermoso
y para qué tal alma has despedido?

 Pero ya ha penetrado mi sentido
que sufres el divorcio riguroso,
por que el día final puedas, gozoso,
volver a ser eternamente unido.

 Alza tú, alma dichosa, el presto vuelo
y, de tu hermosa cárcel desatada,
dejando vuelto su arrebol en hielo,
 sube a ser de luceros coronada:
que bien es necesario todo el cielo
para que no echés menos tu morada.

Alaba en el padre Baltasar de Mansilla, gran predicador y confesor de la señora virreina, de la Compañía de Jesús, tanta sabiduría como modestia (p. 166).

Docto Mansilla, no para aplaudirte
ponderaciones buscaré del arte
retórica, que fuera limitarte
querer entre sus cláusulas ceñirte.

Sólo es mi intento, cuando llego a oírte,
alabarte con sólo no alabarte;
pues quien mejor llegare a ponderarte
será el que no intentare definirte.

Aun en tu mismo juicio tú no cabes;
ni de tu ingenio las riquezas raras
pudieras, del discurso con los graves
reflejos, conocer si lo intentaras:
porque si tú supieras lo que sabes,
mucho de lo que sabes ignoraras.

Encarece de animosidad la elección de estado durable hasta la muerte (pp. 166-167).

Si los riesgos del mar considerara,
ninguno se embarcara; si antes viera
bien su peligro, nadie se atreviera
ni al bravo toro osado provocara;
 si del fogoso bruto ponderara
la furia desbocada en la carrera
el jinete prudente, nunca hubiera
quien con discreta mano le enfrenara.

 Pero si hubiera alguno tan osado
que, no obstante el peligro, al mismo Apolo
quisiese gobernar con atrevida
 mano el rápido carro en luz bañado,
todo lo hiciera, y no tomara sólo
estado que ha de ser toda la vida.

Para explicar la causa a la rebeldía (o ya sea firmeza) de un cuidado, se vale de opinión que atribuye a la perfección de su forma lo incorruptible en la materia de los cielos. Usa cuidadosamente términos de Escuelas (p. 167).

Probable opinión es que conservarse
la forma celestial en su fijeza,
no es porque en la materia hay más nobleza,
sino por la manera de informarse:

 porque aquel apetito de mudarse
lo sacia de la forma la nobleza;
conque, cesando el apetito, cesa
la ocasión que tuvieran de apartarse.

 Así tu amor, con vínculo terrible,
el alma que te adora, Celia, informa;
conque su corrupción es imposible,
 ni educir otra con quien no conforma,
no por ser la materia incorruptible,
mas por lo inamisible de la forma.

Aplauda la ciencia astronómica del padre Eusebio Francisco Kino, de la Compañía de Jesús, que escribió del cometa que el año de ochenta apareció, absolviéndole de ominoso (p. 168).

Aunque es clara del cielo la luz pura,
clara la luna y claras las estrellas,
y claras las efímeras centellas
que el aire eleva y el incendio apura;
 aunque es el rayo claro, cuya dura
producción cuesta al viento mil querellas,
y el relámpago que hizo de sus huellas
medrosa luz en la tiniebla obscura,
 todo el conocimiento torpe humano
se estuvo obscuro sin que las mortales
plumas pudiesen ser, con vuelo ufano,
 Ícaros de discursos racionales,
hasta que el tuyo, Eusebio soberano,
les dio luz a las luces celestiales.

Lamenta, con todos, la muerte de la señora marquesa de Mancera (pp. 168-169).

Mueran contigo, Laura, pues moriste,
los afectos que en vano te desean,
los ojos a quien privas de que vean
la hermosa luz que un tiempo concediste.

Muera mi lira infausta en que influiste
ecos, que lamentables te vocean,
y hasta estos rasgos mal formados sean
lágrimas negras de mi pluma triste.

Muévase a compasión la misma Muerte
que, precisa, no pudo perdonarte;
y lamente el Amor su amarga suerte,
pues si antes, ambicioso de gozarte,
deseó tener ojos para verte,
ya le sirvieran sólo de llorarte.

[Cumpleaños del virrey marqués de la Laguna] (p. 182).

Vuestra edad, gran señor, en tanto exceda
a la capacidad que abraza el cero,
que la combinatoria de Kirkero
multiplicar su cantidad no pueda.

Del giro hermoso la luciente rueda
que el uno trastornó y otro lucero,
y el que fin fue del círculo primero,
principio dé feliz al que suceda.

Vivid, por que entre propios y entre extraños
de mi plectro las claras armonías
celebren vuestros hechos sin engaños;
y uniendo duraciones a alegrías,
a las glorias compitan vuestros años
y las glorias excedan a los días.

*De amor, puesto antes en sujeto indigno, es enmienda
blasonar del arrepentimiento (p. 196).*

Cuando mi error y tu vileza veo,
contemplo, Silvio, de mi amor errado,
cuán grave es la malicia del pecado,
cuán violenta la fuerza de un deseo.

A mi misma memoria apenas creo
que pudiese caber en mi cuidado
la última línea de lo despreciado,
el término final de un mal empleo.

Yo bien quisiera, cuando llego a verte,
viendo mi infame amor, poder negarlo;
mas luego la razón justa me advierte
que sólo se remedia en publicarlo:
porque del gran delito de quererte,
sólo es bastante pena, confesarlo.

Prosigue en su pesar, y dice que aun no quisiera aborrecer tan indigno sujeto, por no tenerle así aún cerca del corazón (p. 197).

Silvio, yo te aborrezco, y aun condeno
el que estés de esta suerte en mi sentido:
que infama al hierro el escorpión herido,
y a quien lo huella, mancha inmundo el cieno.

Eres como el mortífero veneno
que daña a quien lo vierte inadvertido;
y en fin, eres tan malo y fementido
que aun para aborrecido no eres bueno.

Tu aspecto vil a mi memoria ofrezco,
aunque con susto me lo contradice,
por darme yo la pena que merezco:

pues cuando considero lo que hice,
no sólo a ti, corrida, te aborrezco,
pero a mí por el tiempo que te quise.

No quiere pasar por olvido lo descuidado (p. 197).

Dices que yo te olvido, Celio, y *mientes*
en decir que me acuerdo de *olvidarte*,
pues no hay en mi memoria *alguna parte*
en que, aun como olvidado, te *presentes*.

Mis pensamientos son tan *diferentes*
y en todo tan ajenos de *tratarte*,
que ni saben si pueden agraviarte,
ni, si te olvidan, saben si lo *sientes*.

Si tú fueras capaz de ser *querido*,
fueras capaz de olvido; y ya era *gloria*,
al menos, la potencia de haber *sido*;

mas tan lejos estás de esa *victoria*,
que aqúeste no acordarme no es *olvido*,
sino una negación de la *memoria*.

*Sin perder los mismos consonantes, contradice con la verdad,
aún más ingeniosa, su hipérbole (p. 198).*

Dices que no te acuerdas, Clori, y mientes
en decir que te olvidas *de olvidarte*,
pues das ya en tu memoria *alguna parte*
en que, por olvidado, me *presentes*.

Si son tus pensamientos *diferentes*
de los de Albiro, dejarás *tratarte*,
pues tú misma pretendes *agraviarte*
con querer persuadir lo que no *sientes*.

Niégame ser *capaz de ser querido*,
y tú misma concedes esa *gloria*:
con que en tu contra tu argumento ha *sido*;
pues si para alcanzar tanta *victoria*
te acuerdas de olvidarte del *olvido*,
ya no das negación en tu *memoria*.

Llegaron luego a México, con el hecho piadoso, las aclamaciones poéticas de Madrid a su Majestad, que alaba la poetisa por más superior modo (p. 204).

Altísimo señor, monarca hispano,
que a Dios, entre accidentes escondido,
cuando queréis mostraros más rendido,
es cuando os ostentáis más soberano:

 aquesa acción, señor, que al luterano
asombró en Carlos Quinto esclarecido,
y ésa, por quien el gran Rodulfo vido
del mundo el cetro en su piadosa mano,
 aunque aplaudida en el hispano suelo
ha sido con católica alegría,
no causa admiración a mi desvelo:

 quede admirado aquel que desconfía,
y de vuestra piedad, virtud y celo,
esa y más religión no suponía.

A la sentencia que contra Cristo dio Pilatos; y aconseja a los jueces que, antes de firmar, fiscalicen sus propios motivos (p. 210).

Firma Pilatos la que juzga ajena
sentencia, y es la suya. ¡Oh caso fuerte!
¿Quién creará que, firmando ajena muerte,
el mismo juez en ella se condena?

La ambición, de sí tanto le enajena,
que con el vil temor, ciego, no advierte
que carga sobre sí la infausta suerte
quien al Justo sentencia a injusta pena.

¡Jueces del mundo, detened la mano!
¡Aún no firméis! Mirad si son violencias
las que os pueden mover, de odio inhumano.

Examinad primero las conciencias:
¡mirad no haga el Juez recto y soberano
que, en la ajena, firméis vuestras sentencias!

A la muerte del excelentísimo señor duque de Veraguas
(pp. 210-211).

¿Ves, caminante? En esta triste pira
la potencia de Jove está postrada;
aquí Marte rindió la fuerte espada;
aquí Apolo rompió la dulce lira;
 aquí Minerva triste se retira,
y, la luz de los astros eclipsada,
toda está en la ceniza venerada
del excelso Colón, que aquí se mira.

 Tanto pudo la fama encarecerlo
y tanto las noticias sublimarlo,
que sin haber llegado a conocerlo

 llegó con tanto extremo el reino a amarlo,
que muchos ojos no pudieron verlo,
mas ningunos pudieron no llorarlo.

Al mismo (p. 211).

Detén el paso, caminante. Advierte
que aun esta losa guarda enternecida,
con triunfos de su diestra no vencida,
al capitán más valeroso y fuerte:

 al duque de Veragua (¡oh triste suerte!),
que nos dio en su noticia esclarecida,
en relación, los bienes de su vida,
y en posesión, los males de su muerte.

 No es muerto el duque, aunque su cuerpo abrace
la losa que piadosa le recibe:

pues por que a su vivir el curso enlace,

 aunque el mármol su muerte sobrescribe,
en la piedra verás el *Aquí yace*;
mas en los corazones, *Aquí vive*.

Al mismo (pp. 211-212).

Moriste, duque excelso; en fin moriste,
sol de Veragua claro y refulgente,
que apenas ilustrabas el Oriente
cuando en fatal Ocaso te pusiste.

Tú que por tantas veces te ceñiste
el desdén vencedor del dios ardiente,
apareciste exhalación luciente,
llegaste aplauso, ejemplo feneciste.

Moriste, en fin; pero mostraste,
osado, el valor de tu pecho no vencido,
de la propia nación tan venerado,
de las contrarias armas tan temido.
Moriste de improviso, que aun el Hado
no osara acometerte prevenido.

Dos sonetos de *Neptuno Alegórico* de 1680 (*Inundación Castálida*, 1689).

I *Como en la Regia playa cristalina* (p. 293)

Como en la Regia playa cristalina
al Gran Señor del húmedo Tridente
acompaña leal, sirve obediente
a cerúlea deidad pompa marina;
no de otra fuente al Cerda heroico inclina,
de almejas coronada, la alta frente
la laguna imperial del Occidente,
y al dulce yugo la cerviz destina.

Tres partes del Tridente significa
dulce, amarga y salada en sus cristales,
y tantas al Bastón dan conveniencia:
porque lo dulce a lo civil se aplica,
lo amargo a ejecuciones criminales
y lo salado a militar prudencia.

II. *Entrad (Señor) si el que tan grande ha hecho* (p. 328; como cierre del *Neptuno*).

Entrad (Señor) si el que tan grande ha hecho
tantos años la sabia arquitectura,
es capaz de que quepa en su estructura
la Magnanimidad de vuestro Pecho

 Que no es mucho si allá le vino estrecho
el Templo, de Neptuno a la estatura,
que a vos la celestial bóveda pura
os sirva sólo de estrellado techo;

 Pero entrad, que si acaso a tanto Alteza
es chico el templo, amor os edifica
otro en las Almas de mayor firmeza,

 que de mentales pórfidos fabrica:
que como es tan formal vuestra grandeza,
inmateriales Templos os dedica.

S O N E T O.

Prosigue el mismo assumpto, y determina, que prevalezca la razon contra el gusto.

AL que ingrato me dexa, busco amante;
 al que amante me sigue, dexo ingrata;
 Constante adoro, à quien mi amor maltrata;
 maltrato, à quien mi amor busca constante;
 Al que trato de amor, hallo diamante;
 y soy diamante al que de amor me trata;
 triunfante quiero veer, al que me mata;
 y mato à quien me quiere veer triunfante:
 Si à este pago; padece mi deseo:
 si ruego à aquel; mi pundonor enojo:
 de entrambos modos infeliz me veo;
 Pero yo, por mejor partido escojo,
 de quien no quiero, ser violento empleo;
 que de quien no me quiere, vil despojo..



POEMAS DE LA ÚNICA POETISA
(1690; 1ª. REED. DE INUNDACIÓN CASTÁLIDA)

Para los cinco sonetos burlescos que se siguen, se le dieron a la poetisa los consonantes forzados de que se componen, en un doméstico solaz (pp. 43-45).

Inés, cuando te riñen por *bellaca*,
para disculpas no te falta *achaque*,
porque dices que traque y que *barraque*,
con que sabes muy bien tapar la *caca*.

Si coges la parola, no hay *urraca*
que así la gorja de mal año *saque*;
y con tronidos, más que un *triquitraque*,
a todo el mundo aturdes cual *matraca*.

Ese bullicio todo lo *trabuca*,
ese embeleso todo lo *embeleca*;
mas aunque eres, Inés, tan mala *cuca*,
sabe mi amor muy bien lo que se *peca*:
y así con tu afición no se *embabuca*,
aunque eres zancarrón, y yo de *Meca*.

Otro.

Aunque eres, Teresilla, tan *muchacha*,
le das quehacer al pobre de *Camacho*,
porque dará tu disimulo un *cacho*
a aquel que se pintare más sin *tacha*.

De los empleos que tu amor *despacha*
anda el triste cargado como un *macho*,
y tiene tan crecido ya el *penacho*,
que ya no puede entrar si no se *agacha*.

Estás a hacerle burlas ya tan *ducha*
y a salir de ellas bien estás tan *hecha*,
que de lo que tu vientre *desembucha*,
sabes darle a entender, cuando *sospecha*,
que has hecho, por hacer su hacienda *mucha*,
de ajena siembra, suya la *cosecha*.

Otro.

Inés, yo con tu amor me *refocilo*,
y viéndome querer me *regodeo*;
en mirar tu hermosura me *recreo*,
y cuando estás celosa me *reguilo*;
 si a otro miras, de celos me *aniquilo*,
y tiemblo de tu gracia y tu *meneo*;
porque sé, Inés, que tú con un *voleo*
no dejarás humor ni aun para *quilo*.

 Cuando estás enojada no *resuello*,
cuando me das picones me *refino*,
cuando sales de casa no *reposo*;
 y espero, Inés, que entre esto y entre *aquello*,
tu amor, acompañado de mi *vino*,
dé conmigo en la cama o en el *coso*.

Otro.

Vaya con Dios, Beatriz, el ser *estafa*,
que eso se te conoce hasta en el *tufo*;
mas no es razón que, siendo yo tu *rufo*,
les sirvas a otros gustos de *garrafa*.

Fíaste en que tu traza es quien te *zafa*
de mi cólera, cuando yo más *bufo*;
pues advierte, Beatriz, que si me *atufo*
te abriré en la cabeza tanta *rafa*.

Dime si es bien que el otro a ti te *estafe*
y, cuando por tu amor echo yo el *bofe*,
te vayas tú con ese *mequetrefe*,

y yo me vaya al rollo o a *Getafe*
y sufra que el picaño de mí *mofe*
en *afa*, *ufo*, *afe*, *ofe* y *efe*.

Otro.

Aunque presumes, Nise, que soy *tosco*
y que, cual palomilla, me *chamusco*,
yo te aseguro que tu luz no *busco*,
porque ya tus engaños *reconozco*.

 y así, aunque en tus enredos más me *embosco*,
muy poco viene a ser lo que me *ofusco*,
porque, si en el color soy algo *fusco*,
soy en la condición mucho más *hosco*.

 Lo que es de tus picones, no me *rasco*;
antes estoy con ellos ya tan *fresco*,
que te puedo servir de helar un *frasco*:

 que a darte nieve sólo me *enternezco*;
y así, Nise, no pienses darme *chasco*,
porque yo sé muy bien lo que me *pesco*.

Alaba el numen poético del padre Francisco de Castro, de la Compañía de Jesús, en un poema heroico en que describe la aparición milagrosa de Nuestra Señora de Guadalupe de México, que pide la luz pública (p. 18).

La compuesta de flores maravilla,
divina protectora americana,
que a ser se pasa rosa mexicana,
apareciendo rosa de Castilla;

 la que en vez del Dragón (de quien humilla
cerviz rebelde en Patmos), huella ufana,
hasta aquí inteligencia soberana,
de su pura grandeza pura silla;

 ya el Cielo, que la copia misterioso,
segunda vez sus señas celestiales
en guarismos de flores claro suma:

 pues no menos le dan traslado hermoso
las flores de tus versos sin iguales,
la maravilla de tu culta pluma.

*SEGUNDO VOLUMEN DE LAS OBRAS
DE SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ
(1692)*

L I R I C A S.

179

S O N E T O,

En que dá Moral Censura à vna Rosa, y en ella à sus semejantes.

Rosa Divina, que en gentil cultura,
Eres con tu fragante futiliza,
Magisterio purpureo en la belleza,
Enseñança nevada à la hermosura,
Amago de la humana Architectura,
Exemplo de la vana gentileza,
En cuyo ser vniò naturaleza
La cuna alegre, y triste sepultura:
Quan altiva en tu pompa, presumida,
Sobervia, el riesgo de morir desdeñas,
Y luego desfmayada, y encogida,
De tu caduco ser dás mustias señas;
Con que con docta muerte, y necia vida,
Viviendo engañas, y muriendo enseñas.

A la muerte del señor rey Filipo IV (p. 277).

¡Oh, cuán frágil se muestra el ser humano
en los últimos términos fatales,
donde sirven aromas orientales
de culto inútil, de resguardo vano!

Sólo a ti respetó el poder tirano,
¡oh gran Filipo!, pues con las señales
que ha mostrado que todos son mortales,
te ha acreditado a ti de soberano.

Conoces ser de tierra fabricado
este cuerpo, y que está con mortal guerra
el bien del alma en él aprisionado;

y así, subiendo al bien que el Cielo encierra,
que en la tierra no cabes has probado,
pues aun tu cuerpo dejas porque es tierra.

Habiendo muerto un toro el caballo a un caballero toreador
(p. 277).

El que Hipogrifo de mejor Rugero,
Ave de Ganimedes más hermoso,
Pegaso de Perseo más airoso,
de más dulce Arión, Delfín ligero
 fue, ya sin vida yace al golpe fiero
de transformado Jove, que celoso
los rayos disimula, belicoso,
sólo en un semicírculo de acero.

 Rindió el fogoso postrimero aliento
el veloz bruto, a impulso soberano;
pero de su dolor, que tuvo, siento,
 más de afectivo y menos de inhumano:
pues fue de vergonzoso sentimiento
de ser bruto, rigiéndole tal mano.

Soneto que celebra a un graduado de doctor (p. 278).

Vista tus hombros el verdor lozano,
joven, con que tu ciencia te laurea;
y puesto en ellos dignamente, sea
índice de tus méritos ufano.

Corone tu discurso soberano
la que blanda tus sienes lisonjea
insignia literaria, en quien se emplea
el flamante sepulcro de un gusano.

¡Oh, qué enseñanza llevan escondida
honrosos los halagos de tu suerte,
donde despierta la atención dormida!,

pues ese verde honor, si bien se advierte,
mientras más brinda gustos a la vida,
más ofrece recuerdos a la muerte.

En que da moral censura a una rosa, y en ella a sus semejantes (p. 279).

Rosa divina que en gentil cultura
eres, con tu fragante sutileza,
magisterio purpúreo en la belleza,
enseñanza nevada a la hermosura.

Amago de la humana arquitectura,
ejemplo de la vana gentileza,
en cuyo ser unió naturaleza
la cuna alegre y triste sepultura.

¡Cuán altiva en tu pompa, presumida,
soberbia, el riesgo de morir desdeñas,
y luego, desmayada y encogida,
de tu caduco ser das mustias señas,
conque con docta muerte y necia vida,
viviendo engañas y muriendo enseñas!

Soneto jocoso, a la Rosa (p. 279).

Señora doña Rosa, hermoso amago
de cuantas flores miran sol y luna:
¿cómo, si es dama ya, se está en la cuna,
y si es divina, teme humano estrago?

¿Cómo, expuesta del cierzo al rigor vago,
teme, humilde, el desdén de la fortuna,
mendigando alimentos, importuna,
del turbio humor de un cenagoso lago?

Bien sé que ha de decirme que el respeto
le pierdo con mi mal limada prosa.

Pues a fe que me he visto en harto aprieto;

y advierta vuesarced, señora Rosa,
que no le escribo más este soneto,
que porque todo poeta aquí se roza.

Soneto que consuela a un celoso, epilogando la serie de los amores (p. 280).

Amor empieza por desasosiego,
solicitud, ardores y desvelos;
crece con riesgos, lances y recelos;
susténtase de llantos y de ruego;
doctrínanle tibiezas y despego;
conserva el ser entre engañosos velos,
hasta que con agravios o con celos
apaga con sus lágrimas su fuego.

Su principio, su medio y fin es éste;
pues ¿por qué, Alcino, sientes el desvío
de Celia, que otro tiempo bien te quiso?

¿Qué razón hay de que dolor te cueste?:
pues no te engañó Amor, Alcino mío,
sino llegó ya el término preciso.

En que satisface un recelo con la retórica del llanto (p. 280).

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses deseaba;
 y Amor, que mis intentos ayudaba,
venció lo que imposible parecía:
pues entre el llanto que el dolor vertía,
el corazón deshecho destilaba.

 Baste ya de rigores, mi bien, baste;
no te atormenten más celos tiranos,
ni el vil recelo tu quietud contraste
 con sombras necias, con indicios vanos,
pues ya en líquido humor viste y tocaste
mi corazón deshecho entre tus manos.

Soneto en que celebra la poetisa el cumplimiento de años de un hermano suyo (p. 281).

¡Oh, quién, amado Anfriso, te ciñera
del mundo las coronas poderosas!
que a coronar tus prendas generosas,
el círculo del orbe corto fuera.

¡Quién, para eternizarte, hacer supiera
mágicas confecciones prodigiosas,
o tuviera las hierbas milagrosas
que feliz gustó Glauco en la ribera!

Mas aunque no halla medio mi cuidado
para que goces de inmortal la palma,
otro más propio mi cariño ha hallado
que el curso de tu vida tenga en calma:
pues juzgo que es el más proporcionado
de alargar una vida, dar una alma.

De una reflexión cuerda con que mitiga el dolor de una pasión (p. 281).

Con el dolor de la mortal herida,
de un agravio de amor me lamentaba;
y por ver si la muerte se llegaba,
procuraba que fuese más crecida.

Toda en el mal el alma divertida,
pena por pena su dolor sumaba,
y en cada circunstancia ponderaba
que sobraban mil muertes a una vida.

Y cuando, al golpe de uno y otro tiro,
rendido el corazón daba, penoso,
señas de dar el último suspiro,
no sé con qué destino prodigioso
volví en mi acuerdo y dije: ¿Qué me admiro?
¿Quién en amor ha sido más dichoso?

Que contiene una fantasía contenta con amor decente
(p. 282).

Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.

Si al imán de tus gracias, atractivo,
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero
si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes, satisfecho,
de que triunfa de mí tu tiranía:
que aunque dejas burlado el lazo estrecho
que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.

Que da medio para amar sin mucha pena (p. 282).

Yo no puedo tenerte ni dejarte,
ni sé por qué, al dejarte o al tenerte,
se encuentra un no sé qué para quererte
y muchos sí sé qué para olvidarte.

Pues ni quieres dejarme ni enmendarte,
yo templaré mi corazón de suerte
que la mitad se incline a aborrecerte
aunque la otra mitad se incline a amarte.

Si ello es fuerza querernos, haya modo,
que es morir el estar siempre riñendo:
no se hable más en celo ni en sospecha,
y quien da la mitad, no quiera el todo;
y cuando me la estás allá haciendo,
sabe que estoy haciendo la desecha.

Soneto que explica la más sublime calidad de amor (p. 284).

Yo adoro a Lisi, pero no pretendo
que Lisi corresponda mi fineza;
pues si juzgo posible su belleza,
a su decoro y mi aprehensión ofendo.

 No emprender, solamente, es lo que emprendo:
pues sé que a merecer tanta grandeza
ningún mérito basta, y es simpleza
obrar contra lo mismo que yo entiendo.

 Como cosa concibo tan sagrada
su beldad, que no quiere mi osadía
a la esperanza dar ni aun leve entrada:
 pues cediendo a la suya mi alegría,
por no llegarla a ver mal empleada,
aun pienso que sintiera verla mía.

Soneto a San José, escrito según el asunto de un certamen que pedía las metáforas que contiene (p. 546).

Nace de la escarchada fresca Rosa
dulce Abeja, y apenas aparece,
cuando a su recio natalicio ofrece
tutelar, verde Palma victoriosa.

Así rosa, María, más hermosa,
concibe a Dios, y el vientre apenas crece,
cuando es, de la sospecha que padece,
el Espíritu Santo palma umbrosa.

Pero cuando el tirano, por prenderlo,
tanta inocente turba herir pretende,
sólo vos, ¡oh José!, vais a esconderlo:

para que en vos admire, quien lo entiende,
que vos bastáis del mundo a defenderlo,
y que de vos, Dios solo le defiende.

Soneto en la comedia *Los empeños de una casa* Jornada primera. Cuadro primero. Escena II; en voz de Doña Ana (*Segundo volumen*, pp. 469-470).

Si de Carlos la gala y bizarría
pudo por sí mover a mi cuidado,
¿como parecerá, siendo envidiado,
lo que sólo por sí bien parecía?

Si sin triunfo rendirle pretendía,
sabiendo ya, que vive enamorado,
¿qué victoria será verle apartado
de quien antes por suyo le tenía?

Pues perdone Don Juan, que aunque yo quiera
pagar su amor, que a olvido ya condeno,
¿cómo podré, si ya en mi pena fiera
introducen los celos su veneno?
Que es Carlos más Galán; y aunque no fuera,
tiene de más galán el ser ajeno.

Soneto en el auto sacramental *El Divino Narciso*. Cuadro Cuarto. Escena XII; en voz de Narciso (*Segundo volumen*, pp. 237-238).

Mas ya el dolor Me vence, ya, ya llego
al término fatal por Mi querida:
que es poca la materia de una vida
para la forma de tan grande fuego.

Ya licencia a la Muerte doy: ya entrego
el Alma, a que del Cuerpo la divida,
aunque en ella, y en él quedará asida
Mi Deidad, que las vuelva a reunir luego.

Sed tengo, que el Amor, que me ha abrasado,
aun con todo el dolor, que padeciendo
estoy, Mi corazón aún no ha saciado.

¡Padre! ¿Por qué en un trance tan tremendo
Me desamparas? Ya está consumado.
En Tus manos Mi espíritu encomiendo.

S O N E T O,

En que satisfaze vn rezelo con la Reçtorica del llanto.

E Sta tarde, mi Bien, quando te hablaba,
 Como en tu rostro, y tus acciones via,
 Que con palabras no te persuadia,
 Que el corazon me vieses desseaba:

Y Amor, que mis intentos ayudaba,
 Venciò lo que imposible parecia;
 Pues entre el llanto, que el dolor vertia,
 El corazon deshecho distilaba.

Baste ya de rigores, mi Bien, baste,
 No te atormenten mas zelos tiranos,
 Ni el vil rezelo tu quietud contraste,
 Con sombras necias, con indicios vanos;
 Pues ya en liquido humor viste, y tocaste
 Mi corazon deshecho entre tus manos.

FAMA Y OBRAS PÓSTHUMAS (1700)

A una pintura de Nuestra Señora, de muy excelente pincel
(p. 163).

Si un pincel, aunque grande, al fin humano,
pudo hacer tan bellísima pintura,
que aun vista perspicaz en vano apura
tus luces (o admirada, si no en vano),
 el Autor de tu alma soberano,
proporcionado campo a más hechura,
¿qué gracia pintaría, qué hermosura,
el lienzo más capaz, mejor la mano?

 ¿Si estará ya en la esfera luminoso
el pincel, de lucero graduado,
porque te amaneció, divina aurora?

 ¡Y cómo que lo está! Pero, quejoso,
dice que ni aun la costa le han pagado:
que gastó en ti más luz que tiene ahora.

Al retardarse San Juan de Sahagún en consumir la hostia consagrada, por aparecésele en ella Cristo visiblemente (p. 164).

¿Quién, que regale visto y no comido,
el león, ya panal, imaginara?

¿Quién, que en dulzura tanta se estorbara
lo muy sabroso por lo muy florido?

¡Oh Juan, come y no mires, que a un sentido
le das celos con otro! ¿Y quién pensara
que al fruto de la vida le quitara
lo hermoso, la razón de apetecido?

Manjar de niños es el Sacramento,
y Dios, a ojos cerrados, nos provoca
a merecer, comiendo, su alimento.

Sólo a san Juan, que con la vista toca
a Cristo en él, fue más merecimiento
abrir los ojos y cerrar la boca.

Sonetos no recogidos en las ediciones antiguas

Méndez Plancarte I, no 152, (pp. 280-281).¹

Verde embeleso de la vida humana,
loca Esperanza, frenesí dorado,
sueño de los despiertos intrincado,
como de sueños, de tesoros vana;
 alma del mundo, senectud lozana,
decrépito verdor imaginado;
el hoy de los dichosos esperado
y de los desdichados el mañana:
 sigan tu sombra en busca de tu día
los que, con verdes vidrios por anteojos,
todo lo ven pintado a su deseo;
 que yo, más cuerda en la fortuna mía,
tengo en entrambas manos ambos ojos
y solamente lo que toco veo.

1 Méndez Plancarte (I, 522) informa: “conservado en el *Retrato* pintado en 1713 por Miranda para la Contaduría de San Jerónimo (de donde, con sus inscripciones, lo copió Ágreda y lo publicaron González Obregón, ‘Méjico Viejo’, cap. 28; reed. Méj., 1945, p. 263-5, y Andrade, *Ensayo Bibliográf. Mejicano del siglo xvii*, Méj., 1899, p. 285); y en el del Museo Provincial de Toledo, por Andrés de Islas, 1772 (fotoc. por A. Nervo: ‘Juana de Asbaje’, Madr., 1910)”.

En *Enigmas de Sor Juana a las monjas de La Casa del Placer* (Martínez López).²

Prólogo

Este volumen, cuyo altivo aliento
– benévolo lector siempre invocado –
generoso presume, aspira osado
remontarse al celeste firmamento,

 a tanto Sol eleva el pensamiento
de reverente afecto apadrinado,
que, a soberanas aras destinado,
pasa a ser sacrificio el rendimiento.

 Piadoso absuelve sus indignidades,
que no son en los cultos indecencia
que profane devotas atenciones.

 Frecuentes votos hacen las deidades,
que, a inmunidades de la reverencia,
no hay para el cielo cortas oblaciones.

² Enrique Martínez López lo da a conocer en 1968 en su edición de los *Enigmas*.

Soneto de Sor Juana a Luis de Tineo (Alatorre, 12).³

De cierta señora, Décima Musa

Érase un preste cara de testuz,
de cuyas barbas se hace el albornoz,
que, si le piden algo, tira en coz,
en que no disimula lo andaluz.

Parece se sustenta de alcuzcuz,
aunque come muy bien ganso y arroz,
y que se alienta en barro de Estremoz
con agua dulce de la Regaluz.

Érase de vendimia un gran lanzón,
de cecina un tasujo muy añejo
un espíritu pronto merendón.

Y este que he dicho no es el albadejo,
porque es un reverendo abadejón
de Abades y de Prestes fiel espejo.

3 Antonio Alatorre copia el soneto de Sor Juana (y el de Tineo) del volumen 4^o del *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos, formado con los apuntamientos de don Bartolomé José Gallardo*.

BIBLIOGRAFÍA

Alatorre, Antonio. "Un soneto desconocido de sor Juana". *Vuelta* 94 (1984): 4-13.

_____, editor. *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz. I Lirica personal*. México: Fondo de Cultura Económica, 2009.

Cruz, Sor Juana Inés de la. *Fama y Obras Pósthumas del Fénix de México, Décima Musa, Poetisa Americana, Sor Juana Inés de la Cruz, Religiosa Professa en el Convento de San Gerónimo de la Imperial Ciudad de México*. Madrid: Manuel Ruiz de Murga, 1700.

_____. *Inundación Castálida de la vnica poetisa, mva décima. Soror Joana Inés de la Cruz, Religiosa Professa en el Monasterio de San Gerónimo de la Imperial Ciudad de México... Dedícalos a la Excel.ma Señora. Señora D. María Luisa Goncaga Manrique de Lara, Condesa de Paredes, Marquesa de la Laguna...* Madrid: Juan García Infanzón, 1689.

_____. *Neptuno Alegórico*. México: Juan de Rivera, s/a.

_____. *Segundo volumen de las obras de Soror Joana Inés de la Cruz, Monja Profesa en el Monasterio del Señor San Gerónimo de la Ciudad de México*. Sevilla: Tomás López de Haro, 1692.

_____. *Sonetos*. Biblioteca Virtual Cervantes. <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/sonetos--2/html/61493946-8375-479f-b217-2becd410b790.html>. Revisado 28 de julio de 2023.

Martínez López, Enrique. "Sor Juana Inés de la Cruz en Portugal: un desconocido homenaje y versos inéditos". *Revista de Literatura* 33.65-66 (1968): 53-84.

Méndez Plancarte, Alfonso, editor. *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz. I Lírica personal*. México: Fondo de Cultura Económica, 1951.

_____, editor. *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz. II. Villancicos y letras sacras*. México: Fondo de Cultura Económica, 1952.

_____, editor. *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz. III Autos y Loas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1955.

Poot Herrera, Sara. "Los otros sonetos de Sor Juana". *Sor Juana y su lírica menor*. Coord. Francisco Ramírez Santacruz [núm. monográfico de *Romance Notes* 58.2 (2018): 259-274.]

Ribera, Diego de. *Defectuoso epílogo, diminuto compendio...* [sobre el gobierno del virrey fray Payo Enríquez de Ribera]. México: Viuda de Bernardo Calderón, 1676.

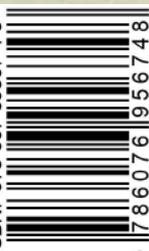
_____. *Poética descripción de la pompa plausible que admiró esta nobilísima Ciudad de México, en la sumptuosa dedicación de su hermoso, magnífico y acabado templo*. México: Francisco Rodríguez Lupercio, 1668.

Salceda, Alberto G., editor. *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz. IV Comedias, sainetes y prosa*. México: Fondo de Cultura Económica, 1957.

Porque todo poeta aquí se roza, sonetos de Sor Juana Inés de la Cruz, edición de Sara Poot Herrera, se terminó de imprimir en los talleres Yaxol, en Cárdenas, Tabasco. El día 22 de marzo de 2024. La coordinación editorial estuvo a cargo de Luis Alberto López Acopa. Diagramado y diseño de portada de Ivanna Gabriela Guadarrama Javier. Se imprimieron 1000 ejemplares.



ISBN: 978-607-69567-4-8



9 786076 956748

CENTRO
HONESTIDAD Y RESULTADOS
2021-2024